

PLÉYADE

REVISTA DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

número 26 | julio-diciembre 2020
online issn 0719-3696 / issn 0718-655x

INTRODUCCIÓN

Diego Fernández H. Traición, representación y violencia en la política contemporánea

INTERVENCIONES

Karen Glavic La revuelta entre otras revueltas: los feminismos antes y más allá del octubre chileno

Luis Placencia Interpretaciones de un acontecimiento. Breve examen de la literatura sobre el octubre chileno

ARTÍCULOS

Pablo Oyarzún R. El país donde no pasa(ba) nada

Carlos Casanova P. Pueblos apare(cie)ntes. Imagen y representación

Valeria Campos Salvaterra Crítica, economía, dietética. Derrida, Benjamin y Viveiros de Castro sobre la violencia

Carlos Alfonso Garduño Comparán Representación y lucha política: de lo múltiple a su unidad trascendental y viceversa

Hugo Tavera Villegas Traición, crueldad y principado civil: Maquiavelo contra “los escritores”

Martín Chicolino Traicionando a la “representación”. O aún no se ha guillotinado al rey. La crítica radical de Deleuze, Guattari y Foucault a la “democracia” jurídico-contractual

RESEÑAS

Valentina Álvarez López Kathya Araujo editora. *Hilos Tensados. Para leer el Octubre chileno*. Santiago: Colección IDEA - Universidad de Santiago de Chile, 2019. 476 pp. ISBN 9789563034370

Sergio González Araneda Franco “Bifo” Berardi. *Futurabilidad: la era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Hugo Salas traductor. Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2019. 256 pp. ISBN 9789871622764

Traición, crueldad y principado civil: Maquiavelo contra “los escritores” *Betrayal, cruelty, and civil principality: Machiavelli against “the writers”*

Hugo Tavera Villegas

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MONTERREY

Resumen

En el capítulo 8 de *El príncipe*, Maquiavelo discute acerca de una vía alternativa a la de la *virtù* y la fortuna para alcanzar el principado, la de los crímenes. El florentino sostiene que si bien cosas como la traición, la crueldad y el asesinato pueden ser medios conducentes al poder, no conducen a la gloria: “no se puede llamar virtud, el asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener palabra; estos medios harán ganar poder pero no gloria”. En este ensayo se argumenta que esta condena de la traición y del crimen es sólo aparente. El principal ejemplo de la vía criminal al principado, Agatocles, hace cosas que en otras partes del libro no sólo no son condenadas, sino que se convierten en modelos para la acción de futuros príncipes. Este trato desigual, se sugerirá, se comprende solamente cuando se ubica este capítulo dentro del contexto de la disputa de Maquiavelo contra los “escritores” antiguos, que despreciaban a la multitud. La discusión sobre el “tirano” Agatocles es aquí leída en conjunto con el capítulo sobre el “príncipe civil”, donde Maquiavelo sostiene que el fundamento del poder del príncipe es el pueblo y no los nobles.

Palabras clave: Traición; Crímenes; Agatocles; Pueblo; Príncipe civil.

Abstract

In chapter 8 of *The Prince*, Machiavelli discusses an alternative way to that of *virtù* and fortune to reach the principality, crime. The Florentine maintains that although things like betrayal, cruelty and murder can be conducive to power, they do not lead to glory: “one cannot call it virtue to kill one’s citizens, betray one’s friends, to be without faith, without mercy; these modes can enable one to acquire empire, but not glory”. This essay argues that this condemnation of betrayal and crime is only apparent. The main example of the criminal route to the principality, Agathocles, does things that in other parts of the book are not only not condemned but become models of action for future princes. This unequal treatment, it will be suggested, is understood only when this chapter is placed within the context of Machiavelli’s dispute against the ancient “writers”, who despised the multitude. The discussion on the “tyrant” Agathocles is thus read here in conjunction with the chapter on the “civil prince”, where Machiavelli maintains that the foundation of the power of the prince should be the people, not the nobles.

Keywords: Betrayal; Crime, Agathocles; People; Civil Prince.

Introducción

*No una cosa, todas las cosas que la tradición
atribuye a Judas Iscariote son falsas.*

Thomas de Quincey

*Y que nadie contradiga mi opinión con aquel
proverbio tan trillado de que “quien edifica
sobre el pueblo edifica en el barro”.*

Nicolás Maquiavelo

La palabra traición proviene del latín *traditio*, y ésta a su vez de *traditus*, del participio *tradere*, que significa “entregar” o “transmitir”. El término tradición, interesadamente, comparte el mismo origen, sólo que mientras tradición hace referencia a lo que se entrega o transmite de una generación a la siguiente, traición designa la entrega de algo o de alguien al enemigo¹. En la *Divina Comedia*, la traición es considerada el peor pecado que se pueda llegar a cometer y, por lo tanto, el que amerita la peor de las condenas, a saber, ser devorado por el demonio. Dante, por ello, ubica a los traidores en el último círculo del infierno, el cocito, que se divide en cuatro fosos, el último llamado Judeca, donde son castigados aquellos que traicionaron a sus benefactores y que recibe su nombre del que entregó a Jesús, Judas Iscariote, quien es de hecho el que sufre la mayor tortura².

Dos siglos más tarde, la traición es también condenada por otro célebre escritor florentino, Nicolás Maquiavelo, en el capítulo ocho de *El príncipe*³. Precisamente en el libro que es condenado en razón de que en él los peores pecados son consentidos, incluso considerados virtudes, cuando éstos conducen a asegurar la posición del príncipe, la traición es señalada como conducente al poder, pero no a la gloria: “no se puede llamar virtud, el asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener palabra, ni piedad, ni religión; estos medios harán ganar poder pero no gloria” (*P*, 8). Maquiavelo hace aquí referencia a Agatocles, particularmente al modo en que éste, partiendo desde una condición “privada” llegó a convertirse en rey de Siracusa. Es importante señalar que este capítulo es precedido por el extenso tratamiento que ofrece el florentino sobre Cesare Borgia y por el muy importante capítulo sobre los principados nuevos que se adquieren mediante las armas propias.

¹ *Online Etymology Dictionary*, consultado el 12 de mayo de 2020, disponible en <https://www.etymonline.com/search?q=tradition>.

² Al tiempo que es devorado por Satanás, las garras de éste le hacen trizas la espalda. Véase Dante Alighieri, *Divina Comedia* (Madrid: Editorial Cátedra, 2014), 190.

³ Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, Helena Puigdomenech trad. (Madrid, Editorial Tecnos, 2001). Las referencias a *El príncipe* se harán dentro del texto como *P*, seguido del número del capítulo.

Mientras estos capítulos describen las dos vías principales por las que se puede alcanzar un principado nuevo, la *fortuna* y la *virtù*, respectivamente, en el capítulo ocho de *El príncipe* Maquiavelo describe un tercer camino, el de los crímenes⁴. *De his qui per scelera ad principatum pervenere* (“De los que por medio de delitos llegaron al principado”) es, de hecho, el título que escoge el florentino para este capítulo.

En este ensayo argumento que la condena de la traición en *El príncipe* es sólo aparente. No sólo Maquiavelo es estratégicamente ambiguo en su discusión acerca del siciliano Agatocles, del que destaca no sólo su audacia y “grandeza de ánimo”, sino también su “virtud” para vencer los peligros⁵. En su exposición sobre las otras dos vías para adquirir el principado, la *virtù* y la *fortuna*, las fronteras entre ambas no se encuentran tan claramente delimitadas como parece sugerir su tratamiento en capítulos separados⁶. Más todavía, en sus consideraciones sobre las acciones de los “hombres excelentes”, fundadores virtuosos de nuevos estados, se incluye también el recuento de traiciones y asesinatos. Rómulo, por ejemplo, asesinó a su hermano Remo y, más tarde, consintió el asesinato de Tito Tacio, con quien compartía el trono de Roma⁷. El propio Moisés, cuya gracia y extraordinaria virtud “lo hacía digno de hablar con Dios” (P, 6), para asegurar sus ordenamientos asesinó a “infinitos hombres” que se oponían a su autoridad⁸. Similarmente, el capítulo siguiente, dedicado casi por entero al ascenso y caída de Cesare Borgia, de quien Maquiavelo

⁴ “Pero, como de simple particular se puede llegar aún a príncipe por medio de otros procedimientos no atribuibles del todo a la fortuna o a la virtud, no me parece bien dejarlos en el olvido (...). Estos son: cuando se llega al principado por medios criminales y nefandos, o cuando un ciudadano privado llega a príncipe de su patria con el favor de sus demás conciudadanos” (P, 8, las cursivas son mías).

⁵ De hecho, la referencia a la “virtud” y “grandeza de ánimo” de Agatocles sigue de inmediato al pasaje citado sobre la negación de la gloria para quienes llegan al principado mediante la traición: “estos medios [criminales] harán ganar poder pero no gloria. Porque, si se considera la virtud de Agatocles al arrostrar y vencer los peligros, y su grandeza de ánimo a la hora de soportar y superar las adversidades, no se ve por qué se le deba juzgar inferior a cualquier otro excelentísimo capitán” (P, 8).

⁶ En el capítulo 6, dedicado a los que llegaron a príncipes por su propia virtud, Maquiavelo escribe que sin la ocasión que la fortuna les brindó “la virtud de su ánimo se habría extinguido” (P, 6). En el capítulo siguiente, centrado en la carrera política y militar de Cesare Borgia, que llegó a ser príncipe no por su virtud sino por las armas de otros y de la fortuna, Maquiavelo no deja de elogiar la prudencia y extraordinaria *virtù* del Duque, quien de no haber caído gravemente enfermo “habría superado cualquier dificultad” (P, 7).

⁷ Ver *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Ana Martínez trad. (Madrid: Editorial Alianza, 2015), I, 9. En adelante las referencias a este libro se harán dentro del texto como *D*, seguido del número del libro y capítulo.

⁸ “Y quien lea inteligentemente la Biblia se dará cuenta de que Moisés se vio obligado, si quería que sus ordenamientos salieran adelante, a matar a infinitos hombres” (*D*, III, 30). Acerca de este pasaje de los *Discursos*, véase John Geerken, “Machiavelli’s Moses and Renaissance Politics”, *Journal of the History of Ideas* 60 (1999): 579-595; Miguel Granada, “Maquiavelo y Moisés”, *ResPublica. Revista de Historia de las Ideas Políticas* 20 (2017): 141-156; y Hugo Tavera, “Los nuevos órdenes de Moisés y los ‘grandes’: Maquiavelo sobre el combate de la envidia”, *ResPublica, Revista de Historia de las Ideas Políticas* 23 (2020): 11-20.

escribe que hizo “todo lo que debía hacer un hombre prudente y virtuoso para poner sus raíces en aquellos estados que las armas y la fortuna de otros le habían proporcionado” (P, 7), incluye el recuento de diversos asesinatos y traiciones cometidos por el Duque⁹. Todos los príncipes, al parecer, necesitan poseer *virtù*, ser ayudados por la fortuna y, también, hacer uso de medios crueles y criminales. Esta disolución de las clasificaciones, sugeriré, está encauzada al establecimiento de un nuevo “fundamento” para el poder del príncipe, el apoyo del pueblo.

Maquiavelo contra “los escritores”

La ambigüedad y ausencia de distinciones claras entre medios virtuosos y criminales de alcanzar el poder ha sido subrayada de modo insistente por los intérpretes. En *Thoughts on Machiavelli*, Leo Strauss sostiene críticamente que Maquiavelo difumina la diferencia entre el príncipe y el tirano¹⁰. Basada en la distinción entre el bien común y el bien privado o particular, la distinción entre el monarca legítimo y el tirano es uno de los elementos centrales del pensamiento político clásico, tradición de la que el florentino se aleja de manera explícita cuando sostiene que queriendo “escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente buscar la verdadera realidad de las cosas que la simple imaginación de las mismas” (P, 15)¹¹.

Este esfuerzo explícito por alejarse de los escritores previos es sobre todo evidente en su tratamiento de las virtudes principescas¹². Utilizando la forma retórica conocida como “espejo de príncipes” (*speculum principum*), de larga tradición dentro del mundo grecorromano, Maquiavelo transmite a sus lectores enseñanzas por completo contrarias a las asociadas con esta literatura. Dedicados a crear modelos dignos de imitación para futuros príncipes, los “espejos” eran manuales de instrucciones que tenían una función moralizadora. En *Educación del príncipe cristiano*, por ejemplo, publicado en 1516, esto es, sólo tres años después de la composición de *El príncipe*, Erasmo todavía escribía que el príncipe debía “ser superior a todos los otros en sus dotes regias: sabiduría, justicia, moderación de ánimo, previsión, celo del bienestar público”¹³. Más aún, la principal tarea del príncipe consistía, según

⁹ Maquiavelo ya se había referido a estos hechos en un documento anterior, producto de su actividad diplomática, cuyo folio lleva el título de: “La traición del duque Valentino a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo y otros, 1502”. Este documento está incluido en la edición en español de Nicolás Maquiavelo, *Escritos de Gobierno*, María Teresa Navarro trad. (Madrid: Editorial Tecnos, 2013), 120-130.

¹⁰ L. Strauss, *Thoughts on Machiavelli* (Chicago: The University of Chicago Press, 1978), 44.

¹¹ El pasaje continúa de este modo: “Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación” (P, 15).

¹² Ver capítulos 16 al 19 de Maquiavelo, *El príncipe*.

¹³ Erasmo, *Educación del Príncipe Cristiano* (Madrid: Editorial Tecnos, 1996), 12.

Erasmus, en “esforzarse en evitar ser malo”¹⁴. Maquiavelo, por el contrario, no sólo sostiene que el ejercicio de las virtudes clásicas puede resultar perjudicial para el príncipe¹⁵. También afirma de modo explícito que éste debe “aprender a no ser bueno” (P, 15). Dado que las cosas de las que se culpa a los príncipes generalmente se requieren para gobernar, al príncipe no debiera preocuparle “caer en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado” (P, 15).

Sostengo que este distanciamiento de los “escritores” pertenecientes a la tradición debe interpretarse en paralelo con sus no menos polémicas reflexiones a propósito de los “tumultos”. “Contradiendo la opinión de muchos”, escribe en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, “creo que los que condenan los tumultos entre los nobles y la plebe atacan lo que fue la causa principal de la libertad en Roma, se fijan más en los ruidos y gritos que nacían de esos tumultos que en los buenos efectos que produjeron” (D, I, 4)¹⁶. A lo que añade de inmediato que “en toda república hay dos espíritus contrapuestos [*umori diversi*]: el de los grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos” (D, I, 4)¹⁷. Afirmación desconcertante e increíble para unos espíritus que identificaban la unión con la estabilidad y la virtud y el conflicto con la decadencia y la corrupción.

Maquiavelo, sin embargo, no se detiene aquí. En el capítulo siguiente se pregunta en manos de cuál de los dos grupos sociales, los grandes o el pueblo, debiese ponerse la *guardia della libertà*¹⁸. Comienza señalando que en Esparta y Venecia esa vigilancia fue puesta en manos de los nobles. Y aquí es importante señalar que los contemporáneos de Maquiavelo tenían por modelo a estas repúblicas aristocráticas, especialmente a Venecia¹⁹. Maquiavelo, en cambio, oponiéndose a esta común opinión, escribe que

¹⁴ *Ibid.*, 14.

¹⁵ “Un hombre que quiera en todo hacer profesión de bueno fracasará necesariamente entre tantos que no lo son. De donde le es necesario al príncipe que quiera seguir siéndolo aprender a poder no ser bueno y utilizar o no este conocimiento según lo necesite” (P, 15).

¹⁶ Para una detallada interpretación de la perspectiva “conflictualista” defendida en este pasaje por Maquiavelo, véase Gabriele Pedulla, *Machiavelli in Tumult: The Discourses on Livy and the Origins of Political Conflictualism* (Nueva York: Cambridge University Press, 2018).

¹⁷ Maquiavelo adopta el término “umori” (humores) de la terminología médica hipocrática, a la que tuvo acceso a través de Galeno. Al respecto, véase Marie Gaille-Nikodimov, “A la Recherche d’une Définition des Institutions de la Liberté: la Médecine, Langage du Politique chez Machiavel”, *Asterion* 1 (2005).

¹⁸ “¿Dónde se resguardará más seguramente la libertad, en el pueblo o entre los grandes, y quienes tienen mayores motivos para causar tumultos, o quienes quieren conquistar y quienes mantener?” (D, I, 5).

¹⁹ Maquiavelo resume así la posición de sus contemporáneos respecto a esta elección: “los que defienden el orden espartano y véneto dicen que los que ponen la vigilancia en manos de los poderosos hacen dos cosas buenas. La una satisfacer más la ambición de los nobles, que teniendo más participación en la república, por tener en sus manos ese bastón de mando, tienen más razones para contentarse; la otra, que quitan un cargo de autoridad de los ánimos inquietos de la plebe, que son causa de infinitas disensiones y escándalos en una república” (D, I, 5). Para una exposición metódica de estas posiciones, véase J. G. A. Pocock, *El momento*

observando los propósitos de los nobles y de los plebeyos, veremos en aquéllos un gran deseo de dominar, y en éstos tan sólo el deseo de no ser dominados, y por consiguiente mayor voluntad de vivir libres (...). De modo que, si ponemos al pueblo como guardián de la libertad, nos veremos razonablemente libres de cuidados, pues, no pudiéndola tomar, no permitirá que otro la tome (*D*, I, 5)²⁰.

Ciertamente, el reconocimiento de la oposición entre dos grupos o clases dentro de la ciudad no es del todo original. En su discusión sobre las formas de gobierno que ofrece en la *Política*, Aristóteles ya sostenía que, en realidad, todas las ciudades están compuestas por dos clases, los ricos y los pobres²¹. Lo que sí resulta radicalmente disruptivo es su defensa del rol productivo del conflicto y, más todavía, su apenas escondido antiaristocratismo, esto es, su convencimiento de que la principal amenaza para la libertad no la representaban los “muchos” sino los grandes, que tenían un “gran deseo de dominar” al pueblo²².

Maquiavelo refrenda esta idea incluso a propósito de su discusión sobre la Ley Agraria promovida por los Graco²³, usualmente considerada por los autores de la tradición republicana como la principal causa de los disturbios que condujeron al colapso de la república.²⁴ Si bien a primera vista Maquiavelo parece confirmar la opinión de estos escritores, que culpaban a las leyes agrarias de haber incitado los conflictos entre la plebe y el senado que condujeron primero a la guerra civil y luego

maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica (Madrid: Editorial Tecnos, 2008).

²⁰ Estos pasajes señalan de manera clara la diferencia entre dos formas o tipos de republicanismo, uno aristocrático y otro que podríamos denominar *democrático*, dado el rol central que se le otorga al pueblo en él. En Robert Dahl, *La democracia y sus críticos* (Barcelona: Editorial Paidós, 1993), el autor ofrece una definición satisfactoria de ambas perspectivas. Este autor sostiene que, “según la visión republicana aristocrática, aunque debía asignarse a los muchos, al pueblo, un papel importante en el gobierno, ese papel tenía que ser limitado porque era más lo que debía temerse del pueblo que lo que podía confiarse en él. Para los republicanos aristocráticos, el más difícil problema constitucional es quizá crear una estructura que pueda restringir en grado suficiente los impulsos de los muchos”. En el republicanismo democrático, en cambio, “eran los pocos, no los muchos, el elemento más temible; no el pueblo, sino los elementos aristocráticos y oligárquicos”. *Ibid.*, 37.

²¹ Aristóteles, *Política*, Manuela García trad. (Madrid: Editorial Gredos, 1988), Libro IV.

²² El carácter antiaristocrático del pensamiento político de Maquiavelo ha sido explorado profusamente por John P. McCormick en varias publicaciones a partir de su “Machiavellian Democracy: Controlling Elites with Ferocious Populism”, *The American Political Science Review* 95 (2001): 297-313. Véase principalmente, McCormick, *Machiavellian Democracy* (Nueva York: Cambridge University Press, 2011).

²³ “Tenía esta ley dos puntos fundamentales. En uno de ellos se disponía que ningún ciudadano podía poseer más de un número determinado de yugada de tierra; en el otro, que los campos de los que se despojaba al enemigo debían ser distribuidos entre el pueblo romano” (*D*, I, 37).

²⁴ La crítica a las leyes agrarias es, de hecho, uno de los tropos centrales dentro del republicanismo clásico. Véase, sobre todo, Marcus Tullius Cicero, *On the Republic and On the Laws*, David Fott trad. (Nueva York: Cornell University Press, 2014), 188-191 (*Leg.* 3.20; 3.24).

al ascenso de César, contradiciendo así sus propias observaciones sobre los buenos efectos de los tumultos en Roma²⁵, el florentino cierra el capítulo afirmando que

es tanta la ambición de los grandes, que, si no es abatida por varias vías y procedimientos, pronto conduce a una ciudad a su ruina. Porque la contención de la ley agraria tardó trescientos años en hacer sierva a Roma, y sin duda ésta hubiera caído antes en la servidumbre si la plebe, con esta ley y con otras demandas, no hubiera frenado siempre la ambición de los nobles²⁶.

Que Maquiavelo era plenamente consciente de que su posición contradecía la tradición (aristocrática) de la que era heredero queda suficientemente en evidencia cuando, al refutar de modo abierto las opiniones de Tito Livio y de los “demás historiadores” sobre la multitud, a la que éstos calificaban de vana e inconstante, escribe que sabe que al ponerse “de parte de aquella a la que todos los escritores acusan” se está metiendo en un “campo duro y tan lleno de dificultades” (*D*, I, 58). En este ensayo propongo que la evaluación del florentino sobre Agatocles debe leerse a la luz de esta polémica con la tradición. Sólo ubicándonos en este “campo duro y tan lleno de dificultades”, sugiero, es que se puede juzgar de modo adecuado la trayectoria y los éxitos de quien fuera tan sólo el “hijo de un alfarero”.

En este sentido, cabe resaltar que en el capítulo que sigue a su discurso sobre Agatocles, Maquiavelo discute acerca de la particular figura del “príncipe civil”, a propósito de la cual sostiene –como en *Discursos* I, 4– que “en todas las ciudades existen estos dos tipos de humores” y que al príncipe “le conviene contar con la amistad del pueblo” (*P*, 9)²⁷. No es, pues, a la luz de las distinciones tradicionales entre virtud y vicio o bien y mal sino a la luz del conflicto entre “humores”, así como teniendo en cuenta los diferentes deseos del pueblo y de los pocos, que las acciones de Agatocles deben ser examinadas. Sólo leído desde esta perspectiva, la discusión sobre el “tirano” de Siracusa adquiere todo su sentido, uno consistente en una reelaboración del concepto de “tiranía” desde la perspectiva conflictualista defendida de modo explícito tanto en el primer libro de los *Discursos* como en el capítulo sobre el principado civil.

²⁵ “[E]sta ley permaneció como adormecida hasta los tiempos de los Gracos, y apenas ellos la despertaron rápidamente arruinó del todo la libertad romana” (*D*, I, 37).

²⁶ Para un interesante análisis sobre la posición de Maquiavelo sobre las leyes agrarias, véase Eric Nelson, *The Greek Tradition in Republican Thought* (Nueva York: Cambridge University Press, 2004), 49-86.

²⁷ Para el origen del concepto, y de la innovación del análisis maquiaveliano acerca de esta figura, véase Romain Descendre, “Of ‘Extravagant’ Writing: *The Prince*, Chapter IX”, en *The Radical Machiavelli: Politics, Philosophy and Language*, Filippo del Lucchese, Fabio Frosini y Vittorio Morfino eds. (Leiden: Brill, 2015), 56-72.

¿Una “tercera vía” al principado?: la carrera criminal de Agatocles

En el capítulo 8 de *El príncipe*, Maquiavelo presenta a Agatocles como un ejemplo de alguien que llega al poder no por virtud o fortuna sino haciendo uso de medios “criminales y nefandos”. Maquiavelo escribe que Agatocles siempre “supo acompañar sus maldades con tanta fuerza física y de carácter”, que ascendió rápidamente en su carrera militar, llegando pronto a convertirse en pretor de Siracusa. Ya siendo pretor, “y habiendo deliberado convertirse en príncipe”, Agatocles conspiró contra los miembros del Senado.

[T]ras ponerse de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que estaba por entonces en Sicilia con sus ejércitos, reunió una mañana al pueblo y al Senado, como si hubiera de tratar cosas pertinentes a la república; y a una señal convenida, hizo que sus soldados asesinaran a todos los senadores y a los más ricos de la ciudad; muertos éstos, ocupó y conservó el principado de la ciudad sin ningún tipo de oposición interna (P, 8).

Algunos lectores de *El príncipe* han interpretado las palabras que siguen a este rápido recuento (“no se puede llamar virtud, el asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener palabra, ni piedad, ni religión”) como un registro de la incomodidad del florentino respecto de la noción de *virtù* que él mismo parecía estar construyendo en el texto²⁸. Las acciones criminales de Agatocles, de acuerdo con esta perspectiva, violentan su moralidad, la que de hecho coincidiría con la moralidad de sus lectores. Esta postura sería reafirmada por la distinción propuesta por el propio florentino entre capitanes y hombres excelentes²⁹. Maurizio Viroli, por ejemplo, sostiene al respecto que esta distinción demuestra la adhesión de Maquiavelo a la distinción hecha por los clásicos entre fama y gloria³⁰. Mientras que la fama es la recompensa

²⁸ Esta es, por ejemplo, la posición de Russell Price, que escribe que el “engaño y la violencia deben ser condenados en un príncipe o aspirante a príncipe. Incluso su carrera posterior no lo absuelve [a Agatocles] a ojos de Maquiavelo. (...) La mancha incurrida por la forma en que tomó el poder es indeleble, como un pecado original”. Russell Price, “The Theme of Glory in Machiavelli”, *Renaissance Quarterly* 30 (1977): 611. Véase también Hannah Pitkin, *Fortune is a Woman: Gender and Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli* (Chicago: The University of Chicago Press, 1999), 60-1.

²⁹ “Porque, si se considera la virtud de Agatocles al arrostrar y vencer los peligros, y su grandeza de ánimo a la hora de soportar y superar las adversidades, no se ve por qué sé le deba juzgar inferior a cualquier otro excelentísimo capitán; pero en cambio su feroz e inhumana crueldad, así como sus innumerables maldades no consienten que sea celebrado entre los hombres más excelentes” (P, 8).

³⁰ Maurizio Viroli, *Machiavelli* (Nueva York: Oxford University Press, 1998), 38.

que se recibe por los grandes hechos políticos y militares, la gloria pertenecería únicamente a los buenos hombres³¹.

Maquiavelo, sin embargo, no demuestra ningún tipo de incomodidad al describir la trayectoria política y militar de Cesare Borgia (*P*, 7), cuyo repertorio de acciones no es en nada distinto al de Agatocles. Como ya fue señalado, en el centro de su narrativa sobre las acciones del Duque, Maquiavelo relata como Cesare traiciona a aquellos de los que había dependido en un comienzo, a los que engañó con “toda clase de gentilezas, dándoles dinero, vestidos y caballos” (*P*, 7). Por otro lado, el florentino enfatiza en este mismo capítulo el modo en que Borgia hizo uso de la crueldad al ordenar políticamente la provincia:

Tan pronto como tuvo el duque la Romaña, y encontrándola gobernada por señores impotentes que en lugar de gobernar a sus súbditos más bien les habían expoliado, (...) juzgó necesario darle un buen gobierno si quería pacificarla y reducirla a la obediencia del brazo regio. Por eso puso al frente de la Romaña a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, al que dio plena y absoluta potestad (*P*, 7)³².

Luego, consciente de que la crueldad de su lugarteniente podría resultar en perjuicio suyo, “y como sabía que el rigor anterior le había generado un cierto odio, para apaciguar los ánimos de aquellas gentes y ganárselas del todo, quiso demostrar que si se había llevado a cabo alguna crueldad, no había nacido de él sino de la brutal naturaleza del ministro” (*P*, 7). Así, “aprovechando la ocasión, lo hizo sacar [a Ramiro de Orco] una mañana a la plaza de Cesena, con el cuerpo partido en dos, y un trozo de madera y un cuchillo ensangrentados al lado. La ferocidad del espectáculo hizo que aquellos pueblos quedaran a la vez satisfechos y estupefactos” (*P*, 7)³³.

En suma, el Duque Valentino también recurre a la traición, la crueldad y el asesinato, pero mientras que en Agatocles el uso de estos medios impide que alcance la gloria, en el caso de Cesare el juicio es por completo distinto: “recogidas, pues, todas las acciones del duque, yo no sabría censurarle; sino que, por el contrario, creo, como ya he dicho, poder proponerlo como modelo a imitar a todos aquellos

³¹ “To attain glory, it is not sufficient to be a valiant captain; one has to be valiant and good”. *Ibidem*. [“Para alcanzar la gloria, no es suficiente ser un capitán valiente; uno tiene que ser valiente y bueno”. NdE]

³² Véase también el capítulo 17 de *El príncipe*, “De la crueldad y la compasión; y de si es mejor ser amado que temido, o todo lo contrario”, en donde Maquiavelo sostiene que “César Borja era considerado cruel y sin embargo su crueldad restableció el orden en la Romaña, la unificó y la redujo a la paz y a la lealtad al soberano” (*P*, 17).

³³ Sobre este episodio en *El príncipe*, véase John McCormick, “Prophetic Statebuilding: Machiavelli and the Passion of the Duke”, *Representations*, 115 (2011): 1-19; y Yves Winter, *Machiavelli and the Orders of Violence* (Nueva York: Cambridge University Press, 2018), 34-65.

que por fortuna y con armas ajenas han llegado al poder” (*P*, 7). ¿Cómo explicar esta disparidad? ¿Se trata de una simple inconsistencia teórica, o hay algo más debajo de la superficie del texto? En un ensayo brillante, Victoria Kahn sugiere que Agatocles encarna en *El príncipe* el papel que tuvo Remiro de Orco en la empresa de pacificación de la Romaña avanzada por el Duque³⁴.

El recuento sobre las acciones de Cesare en la Romaña, sostiene Kahn, muestra no uno sino dos ejemplos de “crueldad bien usada”. La primera, asociada con la figura del ministro de Orco, cumple una función represiva y tenía por objetivo la pacificación y sometimiento de los nuevos súbditos en la Romaña. La segunda, asociada con la figura del Duque, cumple una función productiva, o mejor dicho, teatral y catártica.³⁵ Esta crueldad “también apacigua a los sujetos, pero a través de la exhibición teatral de la violencia en lugar de su aplicación directa sobre la audiencia”.³⁶ Borgia, en otras palabras, ofrece a sus súbditos un teatro de la crueldad, una representación pública de la brutalidad, mediante la cual busca distanciarse de la figura de su criminal ministro.

Según Kahn, lo mismo haría el florentino al ofrecer a sus lectores la oportunidad de juzgar públicamente al cruel Agatocles -salvando así del escarnio su perspectiva sobre la *virtù* ofrecida en el capítulo previo. A través de la representación de sus terribles acciones, Maquiavelo habría buscado demostrar “que si se había llevado a cabo alguna crueldad, no había nacido de él sino de la brutal naturaleza” de su ejemplo, Agatocles. Al sacrificar en el discurso a Agatocles, Maquiavelo apacigua a sus lectores, quienes quedan a la vez “satisfechos y estupefactos” (*P*, 7). Ahora, habría en realidad dos tipos de lectores de *El príncipe*. Quienes quedan satisfechos, reafirmados en sus convicciones morales con el juicio sumario a Agatocles, se posicionarían en el lugar que ocupa el público que es testigo del feroz espectáculo de la plaza de Cesena. Para decirlo de otro modo, esta clase de lectores adoptaría la posición no del príncipe sino del súbdito.

Desde la perspectiva del príncipe, o del futuro príncipe, en cambio, Agatocles es un modelo para la imitación, “un ejemplo para todo aquel que podría necesitar seguirlo”³⁷. Considero correcta esta interpretación y añadiría que es para este segundo tipo de lector para el que Maquiavelo escribe su libro, que pertenece, como vimos, a la tradición de los “espejos de príncipes”. Se trata de un “espejo”, sin embargo, peculiar, escrito desde una perspectiva radicalmente nueva, “baja”

³⁴ Victoria Kahn, “Virtù and the Example of Agathocles in Machiavelli’s Prince”, *Representations* 13 (1986): 63-83.

³⁵ Un autor también atento a la cualidad representativa, teatral, del pasaje sobre el sacrificio de Remiro de Orco es Sebastian de Grazia, *Machiavelli in Hell* (Nueva York: Vintage Books, 1994), 326-34.

³⁶ Kahn, “Virtù and the Example of Agathocles”, 73.

³⁷ *Ibid.*, 74.

o popular³⁸. Es desde este vértice óptico, sostengo, que se comprende mejor la observación del florentino sobre la falta de gloria de Agatocles. La gloria, resulta preciso señalarlo, no es un producto natural de las acciones del príncipe. No hay una relación directa, automática o lineal entre hechos y gloria. Ésta no depende por completo de quienes actúan, sino también de quienes *escriben* sobre ellos. Russell Price expresa claramente este punto cuando sostiene que “los hechos o logros extraordinarios se olvidan pronto a menos que sean registrados de una manera memorable”³⁹. Para decirlo de modo directo, los “escritores” son necesarios para alcanzar la gloria.

Una vez se tiene esto en cuenta, se está en mejores condiciones para comprender las palabras que usa el florentino para “condenar” a Agatocles: “pero no se puede *llamar* virtud, el asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener palabra” (*P*, 8, el destacado es mío). Que no se pueda *llamar* virtuoso a Agatocles, parece sugerir el florentino, no es culpa de Agatocles sino de los historiadores y “escritores”, en última instancia responsables por su fama y de quienes Maquiavelo toma distancia cuando sostiene que él escribe acerca de la “verdad efectiva de las cosas” (*verità effettuale*)⁴⁰.

Las precauciones que toma Maquiavelo, el no *llamar* glorioso a Agatocles, muestran además muy claramente que el florentino era perfectamente consciente de que al escribir acerca de éste estaba entrando en un “campo duro y lleno de dificultades”. Agatocles, en efecto, había recibido un trato muy duro por parte de los “escritores”, que de todos sus atributos destacaban sobre todo su “monstruosa” crueldad⁴¹. Que Maquiavelo no compartía este juicio de los historiadores queda en evidencia por un detalle importante que no escapa al lector atento: la ausencia de la palabra “tirano” en todo el capítulo 8⁴². Interpreto aquí esta omisión como un intento deliberado por ofrecer, de manera velada, una interpretación alternativa de esta polémica figura, fundada no desde la perspectiva elitista de los “escritores” previos sino desde la perspectiva baja del “vulgo”⁴³. El tratamiento de Agatocles anticipa,

³⁸ “[P]orque así como aquellos que dibujan paisajes se sitúan en los puntos más bajos de la llanura para estudiar la naturaleza de las montañas y de los lugares altos, y para considerar la de los lugares bajos ascienden a lo más alto de las montañas, igualmente, para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe y para conocer bien la de los príncipes hay que ser del pueblo” (*P*, Dedicatoria).

³⁹ Russell Price, “The Theme of Glory of Machiavelli”, 598.

⁴⁰ Patrick Coby sostiene un argumento similar, también a propósito de Agatocles, en *Machiavelli's Romans: Liberty and Greatness in The Discourses on Livy* (Lanham: Lexington Books, 1999), 234-5.

⁴¹ Se puede encontrar un recuento del tratamiento de Agatocles por los “escritores” en Matthew Harrison Stukus, “The Monstrous Agathocles: Uses of Agathocles in Machiavelli's *Prince*”, Tesis para optar al grado de Master of Arts, Universidad de Chicago, 2011.

⁴² Ver Leo Paul de Alvarez, *The Machiavellian Enterprise: A Commentary on The Prince* (Illinois: Northern Illinois University Press, 2008), 36-7.

⁴³ Claude Lefort resalta el que Maquiavelo se haya preocupado por precisar que Agatocles era un hombre “*di infima e abietta fortuna*, simple hijo de un alfarero (*nato d'uno figulo*)”. Claude Lefort, *Maquiavelo: lecturas de lo político* (Madrid: Editorial Trotta, 2010), 210.

desde este punto de vista, una verdad que sólo se revelará de modo explícito en el capítulo siguiente, a saber, que toda ciudad esconde una oposición fundamental entre el pueblo y los grandes y que las acciones del príncipe necesariamente se sitúan en el terreno conflictivo constituido por esta división.

Agatocles y el principado civil

Además del de Agatocles, Maquiavelo ofrece en el capítulo 8 de *El Príncipe* otro ejemplo, moderno, de alguien que ascendió al principado a través de crímenes, Oliverotto de Fermo. Huérfano de padre, Oliverotto, al igual que Agatocles, también había alcanzado un grado elevado dentro de la milicia antes de conspirar “contra su patria” para alcanzar el poder. Pero, “pareciéndole cosa servil el estar bajo las órdenes de otros, pensó, con la ayuda de algunos ciudadanos que estimaban más la esclavitud que la libertad de su patria y con el favor vitellesco, ocupar Fermo” (P, 8). Oliverotto engañó a los ciudadanos de Fermo, y a su propio tío, que había sido un padre para él, haciéndoles creer que había regresado a la ciudad para reclamar su patrimonio. El recuento que Maquiavelo ofrece de la traición de Oliverotto es muy similar al de Agatocles, aunque con una diferencia importante: ocurre en secreto, fuera de la vista de un público.

Oliverotto organiza un banquete solemne al que invita a Giovanni Fogliani, su tío, y “a todos los ciudadanos importantes de Fermo” (P, 8). Luego, tras propiciar una discusión sobre las acciones del Papa Alejandro y de su hijo, el Duque Valentino, Oliverotto sugiere que esas eran “cosas para ser habladas en lugar más secreto, y se retiró a una habitación contigua, seguido por Giovanni y los otros ciudadanos” (P, 8).

Apenas habían tomado asiento, cuando de distintos lugares secretos de la habitación salieron soldados que asesinaron a Giovanni y a todos los demás. Después de este homicidio, Oliverotto montó a caballo, ocupó la ciudad y sitió el palacio del supremo magistrado, de tal manera que el miedo les obligó a obedecerle y a constituir un gobierno del que se erigió en príncipe (P, 8).

Si bien Oliverotto, cuenta Maquiavelo, consiguió pronto estar seguro en Fermo e incluso hacerse temer por su vecinos, no pudo evitar él mismo ser traicionado poco tiempo después por Cesare Borgia⁴⁴. Según Maquiavelo, la razón de que Agatocles,

⁴⁴ “Y habría sido inexpugnable, como Agatocles, si no se hubiera dejado engañar por César Borja cuando en Sinigaglia, como antes dijimos, apresó a los Orsini y a Vitelli; y allí, cautivo él también, un año después de cometido el parricidio, fue estrangulado junto a Vitellozzo, que había sido su maestro en la virtud y en el crimen” (P, 8).

a diferencia de Oliverotto, haya “luego de infinitas traiciones y crueldades”, podido vivir “largo tiempo seguro en su patria”, “sin que sus ciudadanos hubieran conspirado nunca contra él”, es que habría hecho un “buen uso de la crueldad” (P, 8). Comparando ambos relatos, podría argumentarse de entrada que bien usadas parecen ser aquellas crueldades que se realizan frente a un público, que no se esconden de la mirada de una audiencia. Recordemos en este sentido el sacrificio público de Remiro de Orco que, habiendo suscitado el odio en su contra por sus métodos crueles, permite la redención del Duque a ojos del pueblo, que queda “satisfecho y estupefacto”. Si bien Maquiavelo no sostiene esto de manera abierta, considero que la representación de la crueldad es clave en su argumento, puesto que genera efectos útiles sobre quienes la observan⁴⁵.

Lo que sí dice el florentino es que para usarla bien la crueldad debe ejercerse de un solo golpe, para no tener que repetirla ante cada nueva circunstancia: “Bien usadas pueden llamarse aquellas crueldades que (si del mal es lícito hablar bien) se hacen de golpe por la necesidad de afianzarse en el poder, y sobre las que luego no se insiste, sino que por el contrario se convierten, en lo posible, en una gran utilidad para los súbditos” (P, 8)⁴⁶. Sheldon Wolin argumenta que si la prueba de que la crueldad había sido bien utilizada consiste en que el uso de ésta no aumenta, sino que disminuye con el tiempo, lo que Maquiavelo estaría proponiendo equivaldría a una “economía de la violencia”, esto es, “una ciencia de la aplicación controlada de la fuerza” cuyo principal objetivo consistiría en “proteger el límite que separa la creatividad política de la destrucción”⁴⁷.

Si bien Maquiavelo distingue en otros contextos entre la violencia que crea y la que destruye⁴⁸, sugiero que lo que se ofrece en este pasaje de *El príncipe* es mucho más que un saber acerca de la administración de las cantidades precisas de violencia para cada situación específica. La referencia a la “necesidad de afianzarse” [*la necessità dello assicurarsi*], por otro lado, establece un movimiento discursivo desde

⁴⁵ En *La condición humana*, Hannah Arendt, comentando este capítulo, sostiene que “el acto criminal (...) ha de huir de ser visto y oído por los demás”. Hannah Arendt, *La condición humana* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 2012), 82. Si su contrario, la bondad, particularmente en su versión cristiana, posee una tendencia despolitizante que puede llegar a corromper la esfera política, la maldad, sostiene Arendt, es todavía más destructiva. Discrepo aquí de esta posición. Considero que la representación pública de la maldad es para Maquiavelo un modo efectivo por medio del cual el príncipe crea un vínculo con su público, el pueblo, que queda no sólo “estupefacto” ante la visión de la crueldad sino también “satisfecho” de que ésta se ejerza en contra de aquellos que lo dominaban, los senadores y los más ricos de la ciudad.

⁴⁶ Por el contrario, “mal usadas son aquellas que, aun siendo pocas al principio, con el tiempo van aumentando en lugar de disminuir” (P, 8).

⁴⁷ Sheldon Wolin, *Política y perspectiva: continuidad y cambio en el pensamiento político occidental* (Buenos Aires: Editorial Amorrortu, 2001), 239.

⁴⁸ “Sucede que, aunque le acusan los hechos, le excusan los resultados, y cuando éstos sean buenos, como en el caso de Rómulo, siempre le excusarán, porque se debe reprender al que es violento para estropear, no al que lo es para componer” (D, I, 9).

lo que se plantea al inicio como el tema del capítulo, el ascenso al principado por medios criminales, hacia el problema, más complejo, de la conservación del poder. Lo que sostiene Maquiavelo a este respecto, de una manera que anticipa una de las principales lecciones del capítulo siguiente, es que el príncipe debe apoyarse sobre el pueblo. Para asegurarse, el príncipe debe asegurar a sus súbditos⁴⁹. Quien sea incapaz de hacer esto, “se verá obligado a tener siempre el cuchillo en la mano; jamás podrá apoyarse en sus súbditos, ya que éstos no se fiarán de él [*assicurare di lui*] dadas las recientes y continuadas injurias” (P, 8). Así pues, Agatocles no es principalmente un ejemplo sobre cómo alcanzar el poder sino sobre cómo mantenerlo. Si la violencia y la traición es necesaria para elevarse al principado, la conservación del poder exige que el príncipe sepa ganarse el apoyo del pueblo, esto es, de la parte de la ciudad cuyo deseo es el de no ser dominada.

En el capítulo siguiente, sobre el “príncipe civil”, el florentino reitera el mismo movimiento discursivo que va del origen del poder al modo de su ejercicio por el príncipe. Maquiavelo comienza el capítulo ofreciendo una definición de esta figura: “llegando a la otra posibilidad, es decir, cuando un simple ciudadano no por medio de crímenes u otras intolerables violencias sino con el favor de sus conciudadanos llega a príncipe de su patria (...), a este principado se le puede llamar civil” (P, 9)⁵⁰. Lo que parece definir al “príncipe civil” es, pues, el acuerdo entre los ciudadanos para llevarlo al poder⁵¹. El término ciudadanos, sin embargo, encubre una oposición fundamental que divide a la ciudad en dos partes enfrentadas. “Digo que se llega a este principado —escribe Maquiavelo— o con el favor del pueblo o con el de los grandes y poderosos. Porque en todas las ciudades existen estos dos tipos de humores; que nacen del hecho de que el pueblo no quiere ser gobernado ni oprimido por los grandes y en cambio los grandes desean dominar y oprimir al pueblo” (P, 9). El principado tiene su origen, por lo tanto, o en la ambición de los grandes o en el deseo del pueblo de resistir su dominación⁵².

⁴⁹ Al respecto, véanse los sugerentes comentarios de Miguel Vatter, *Machiavelli's The Prince* (Londres, Bloomsbury, 2013), 65-69

⁵⁰ En los últimos años este capítulo, y la figura del “principado civil”, ha recibido cada vez mayor atención por parte de los estudiosos. Filippo Del Lucchese, por ejemplo, afirma que el capítulo 9 “puede considerarse el núcleo verdadero de *El Príncipe*”. A lo que añade, como insisto en este artículo, que la “conflictividad es precisamente la dimensión que le interesa y quiere discutir a Maquiavelo en este capítulo fundamental”. Del Lucchese, *The Political Philosophy of Niccolò Machiavelli* (Edinburgh: Edinburgh University Press, 2015), 82

⁵¹ Según Descendre, Maquiavelo basaría su definición en la historiografía romana antigua. Dentro de esta tradición, “que el *princeps* sea *civillis* —‘ciudadano’— significa que no está rompiendo con la tradición de la *res publica*”. Ya en el contexto del imperio, el término era usado “para enfatizar la legalidad del nuevo *imperium*, la sumisión del príncipe a la ley, su respeto por el senado, la plebe y los magistrados”. Descendre, “Of ‘Extravagant’ Writing: The Prince, Chapter IX”, 57.

⁵² “Porque, cuando los grandes ven que es imposible resistir al pueblo, empiezan a acrecentar la reputación de no de ellos y lo convierten en príncipe para poder así, bajo su sombra, desahogar

El problema del origen del principado, sin embargo, es dejado pronto de lado por Maquiavelo, que pasa de inmediato a discutir sobre la cuestión de su conservación. En este sentido, escribe que aquel que “llega al principado con la ayuda de los grandes, se mantiene en él con mayor dificultad que el que llega con la ayuda del pueblo” (P, 9). En el primer caso, el príncipe se encuentra “entre otros muchos a su alrededor que se creen iguales a él y por eso no les puede ni mandar” (P, 9). Quien llega al principado con ayuda del pueblo, en cambio, “se encuentra sólo en él, y tiene a su alrededor a muy pocos o ninguno que no estén dispuestos a obedecer. Además, no se puede honestamente y sin ofender a otros, satisfacer a los grandes, pero sí se puede satisfacer al pueblo” (P, 9)⁵³.

Por lo tanto, aquel que se alza al principado con el favor del pueblo debe “mantenérsele amigo”. En cambio, “uno que contra la voluntad popular llegue a príncipe con el apoyo de los grandes, deberá, ante todo, intentar ganarse al pueblo, lo que será fácil si se convierte en su protector” (P, 9). Así pues, la oposición inicial entre los dos tipos de “príncipe civil” –aquel que llega al principado con la ayuda de los grandes y aquél que lo hace con ayuda del pueblo– es desplazada por la oposición, al parecer mucho más fundamental, entre el príncipe que tiene al pueblo como enemigo y el príncipe que tiene a los grandes como sus enemigos⁵⁴. La conclusión que resume el contenido de este capítulo no puede ser expresada de modo más claro por el florentino: “a un príncipe le conviene contar con la amistad de su pueblo [*è necessario avere il popolo amico*]” (P, 9).

“Avere il popolo amico”

Extrañamente, a diferencia de los capítulos anteriores, Maquiavelo no ofrece ningún ejemplo moderno de un príncipe civil. El único ejemplo que ofrece es el de Nabis, al que los escritores antiguos consideraban, no debiera ya causarnos sorpresa, un tirano⁵⁵. Los historiadores le atribuyen el asesinato de Macánidas, a quien luego sustituyó en el trono de Esparta. Vale preguntarse, por lo tanto, ¿por qué ofrecer

sus apetitos. El pueblo, a su vez, viendo que no puede resistirse a los grandes, acrecienta la reputación de alguien y lo convierte en príncipe para defenderse con su autoridad” (P, 9).

⁵³ “[P]orque el del pueblo es en fin más honesto que el de los grandes, ya que éstos quieren oprimir y aquél no ser oprimido. Además, no hay que olvidar que con un pueblo enemigo, un príncipe jamás estará seguro, porque son multitud; de los grandes sí puede estarlo, pues son pocos” (P, 9).

⁵⁴ “Lo peor que un príncipe puede esperar del pueblo enemigo es que éste le abandone, pero si los enemigos son los grandes no sólo ha de temer que lo abandonen, sino que se revuelvan contra él” (P, 9).

⁵⁵ En un tomo de las *Historias* de Tito Livio, el historiador romano reproduce un discurso en el que Nabis se defiende de esta acusación. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación: Libros XXXI-XXXV* (Madrid: Editorial Gredos, 1993), 29-30. Sobre Nabis, véase Nikos Birgalias, “Nabis un prince hellénistique?”, *Gerión* 23 (2005): 139-151.

el ejemplo de un usurpador en un capítulo dedicado por entero a su opuesto, el príncipe civil? Según Romain Descendre, a estas alturas Maquiavelo ha dejado de discurrir acerca de esta figura. Al transitar, sin ninguna línea de continuidad reconocible, del problema del príncipe que es llevado al poder por los ciudadanos, única definición que se ofrece del príncipe civil, al problema del príncipe que afianza su poder apoyándose sobre el pueblo, Maquiavelo habría abandonado su tema inicial para volver sobre la cuestión del príncipe que “per qualche via scelerata” se eleva al poder⁵⁶.

Ciertamente, resulta muy llamativo que el único ejemplo discutido en el capítulo sobre el “príncipe civil” sea el de un tirano. Esto debe ser interpretado, sin embargo, no como un desplazamiento hacia otro problema teórico sino más bien como un intento deliberado por desplazar los significados tradicionales asociados a estos términos. Nabis es llamado “príncipe de los espartanos” en *El príncipe*, pero en el primer libro de los *Discursos* Maquiavelo se refiere a él como “tirano”⁵⁷. Lo realmente importante, sin embargo, es que se trataría de un tipo especial de “tirano”, uno que “tiene por amigo al universal”⁵⁸. “Los tiranos que tienen por amigo al universal y por enemigos a los grandes están más seguros, porque sostienen su violencia sobre una fuerza mayor que los que tienen por enemigo al pueblo y por amiga a la nobleza” (*D*, I, 40). Un “tirano” que cuenta con el apoyo del pueblo, continúa el florentino, posee las fuerzas intrínsecas necesarias para conservarse, “como le fueron suficientes a Nabis, tirano de Esparta, cuando se le enfrentó toda Grecia y el pueblo romano” (*D*, I, 40). Nabis pudo defender “su patria y su estado” del asedio de los ejércitos griego y romano, y “le bastó tan sólo, llegado el peligro, cerciorarse de unos pocos: lo que no le habría bastado de haber tenido el pueblo en contra” (*P*, 9).

Similarmente, Agatocles consiguió librar a Sicilia del asedio de un ejército más poderoso que el suyo, el de los cartagineses. Tras haber contado con su apoyo para llevar a cabo su golpe contra el Senado, supo defender la ciudad de los cartagineses empleando una atrevida estrategia, llevar la guerra hacia fuera: “dejando que parte de sus tropas resistieran al asedio, asaltó África con las restantes y en breve espacio de tiempo libró a Siracusa del cerco y puso a los cartagineses en tan comprometida situación que tuvieron necesariamente que pactar con él y contentándose con la posesión de África, dejar a Agatocles la de Sicilia” (*P*, 8). Aunque Maquiavelo no lo menciona en su breve relato, Agatocles había liberado a los esclavos que pertenecían a los hombres ricos asesinados por él, a los que después convertiría en soldados y enlistaría para su expedición africana⁵⁹.

⁵⁶ Véase Descendre, “Of ‘Extravagant’ Writing: The Prince, Chapter IX”, 62.

⁵⁷ *D*, I, 10.

⁵⁸ John P. McCormick usa el concepto “tiranía civil”. Véase John McCormick, “Machiavelli’s Greek Tyrant as Republican Reformer”, en *The Radical Machiavelli: Politics, Philosophy and Language*, 337-48.

⁵⁹ Esto lo cuenta el historiador griego del siglo I a.c., Diodorus Sículo. Harrison, “The Monstrous Agathocles”, 26

Maquiavelo enfatiza el que Agatocles haya podido realizar expediciones militares como ésta “sin que sus ciudadanos hubieran conspirado nunca contra él” (P, 8). Esto se debería, según escribe en otro lugar de *El príncipe*, a que “difícilmente se ataca a alguien al que se sabe tenido por excelente y reverenciado por los suyos” (P, 19)⁶⁰. Asimismo, al convertir en soldados a antiguos esclavos, Agatocles realiza una de las máximas más recurrentes en *El príncipe*, la de armar a sus súbditos: “porque si les armas, aquellas armas se hacen tuyas, los sospechosos se vuelven fieles, y los que ya te eran fieles continúan siéndolo y de simples súbditos pasan a ser partidarios tuyos” (P, 20).

Las similitudes entre Agatocles y Nabis se extienden también al orden interno. Ambos fueron importantes reformadores en sus provincias. De entrada, ninguno estableció monarquías de tipo dinástico. Por el contrario, llevaron a cabo reformas que establecieron los fundamentos de repúblicas más saludables que las repúblicas oligárquicas a las que desplazaron. Después de deshacerse del Senado y elevarse al poder, Agatocles abolió las deudas e impulsó leyes agrarias que redistribuyeron la tierra. Su popularidad entre el pueblo era tal que pronto prescindió del uso de guardaespaldas para entrar a la asamblea⁶¹. Aunque no de un solo golpe como Agatocles sino de una manera más discontinua en el tiempo, Nabis asesina y exilia a los ciudadanos más ricos de la ciudad para luego proceder a redistribuir su riqueza entre los miembros del pueblo⁶². Cancela también las deudas, impone matrimonios mixtos entre los hombres liberados y las hijas o esposas de sus antiguos amos, y concede la condición de ciudadano a hilotes y a sus hijos, a los que después distribuye tierra⁶³.

Autores como McCormick y Birgalias reconocen una línea de continuidad entre estas reformas y las impulsadas antes por Cleómenes, a quien Maquiavelo hace referencia en los *Discursos* a propósito de la necesidad que tiene un “organizador” de estar solo en el poder⁶⁴. Cleómenes asciende a rey de Esparta en un período en que los espartanos se habían alejado de la igualdad establecida por las leyes de Licurgo. Antes de él, Agis había querido restablecer estas leyes, pero “fue muerto por los éforos espartanos, como si hubiera querido convertirse en tirano” (D, I, 9, las cursivas son mías). Para evitar este mismo destino, y sabiendo además “que no le iba a ser posible

⁶⁰ En los *Discursos*, en el largo capítulo dedicado a las conspiraciones, Maquiavelo escribe que las causas de las conjuras en contra de los príncipes “son muchas, pero hay una mucho más importante que las otras: el ser odiado por el universal”. Un príncipe que mantiene al pueblo satisfecho podrá vivir seguro en su patria, ya que aunque algún particular se atreviera a conspirar en su contra, “se vería retenido por la universal benevolencia hacia el príncipe” (D, III, 6).

⁶¹ Véase Harrison, “The Monstruos Agathocles”, 12.

⁶² Véase Birgalias, “Nabis un prince hellénistique?”, 144.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ “De modo que es necesario que sea uno solo aquél de cuyos métodos e inteligencia dependa la organización de la ciudad” (D, I, 9).

hacer bien a muchos contra la voluntad de unos pocos (...), cuando se le presentó una ocasión conveniente hizo matar a todos los éforos y a cualquiera que pudiese oponerse a sus designios” (*D*, I, 9). Como se ve, no hay ninguna diferencia relevante entre el príncipe civil y el príncipe criminal (tirano). El nombre príncipe o el de tirano depende del juicio que de ellos hacen los “escritores”, cuyo vínculo natural es con los grandes, no con el pueblo. Maquiavelo, como vimos al comienzo, es generalmente acusado por haber difuminado las fronteras entre el príncipe (legítimo) y el tirano (ilegítimo). Lo que suele pasarse por alto, sin embargo, es que dicho borramiento de las diferencias depende no tanto del uso de un nuevo tipo de lenguaje (amoral) para referirse a las cosas políticas, como suele sostenerse. La continuidad, podríamos decir, entre el tirano y el príncipe civil, se funda más bien sobre el abandono de la perspectiva aristocrática desde la cual suelen ser condenados todos aquellos príncipes que han puesto los fundamentos de su poder sobre la multitud y no sobre los grandes. “Y que nadie contradiga mi opinión con aquel proverbio tan trillado de que «quien edifica sobre el pueblo edifica en el barro»”. Porque “si el que se apoya en el pueblo es un príncipe capaz de mandar (...) y que con su valor y sus medidas mantiene vivo el ánimo de todo su pueblo nunca se encontrará engañado por éste y podrá comprobar que ha puesto sólidos fundamentos a su poder” (*P*, 9).

El príncipe y “una versión de Agatocles”

En el cuento “Tres versiones de Judas”, incluido en el libro *Ficciones*, Jorge Luis Borges escribe acerca de Nils Runenberg, escritor y teólogo ficticio que habría escrito en 1904 un libro sobre Judas titulado *Kristus och Judas* (Cristo y Judas)⁶⁵. Este libro, que comienza con un epígrafe de Thomas de Quincey, “no una cosa, todas las cosas que la tradición atribuye a Judas Iscariote son falsas”, avanza sobre la traición de Judas una tesis controvertida: la traición de Judas no habría sido casual sino un hecho necesario dentro de la economía de la redención. Runenberg, según Borges, escribía:

El Verbo, cuando fue hecho carne, pasó de la ubicuidad al espacio, de la eternidad a la historia, de la dicha sin límites a la mutación y a la muerte; para corresponder a tal sacrificio, era necesario que un hombre, en representación de todos los hombres, hiciera un sacrificio condigno. Judas Iscariote fue ese hombre. Judas, único entre los apóstoles, intuyó la secreta divinidad y el terrible propósito de Jesús⁶⁶.

⁶⁵ Jorge Luis Borges, “Tres versiones de Judas”, en *Ficciones; El Aleph; El informe de Brodie* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1986), 76-9.

⁶⁶ *Ibid.*, 77.

El rebajamiento del Verbo a un cuerpo mortal demandaba que Judas se rebajase a su vez también a delator, entregador de Cristo a sus enemigos. Desde esta perspectiva, Judas es de algún modo un reflejo de Jesús. “De ahí los treinta dineros y el beso; de ahí la muerte voluntaria, para merecer aún más la Reprobación. Así dilucidó Nils Runeberg el enigma de Judas”⁶⁷. Los teólogos de todas las confesiones, nos cuenta Borges, refutaron esta tesis y empujaron a Runenberg a reescribir su libro, modificando su doctrina. Cediendo el campo de la discusión teológica a sus adversarios, Runenberg dirigió la traición de Judas hacia el terreno moral. Tal como un asceta envilece y mortifica la carne, para mayor gloria de Dios, “Judas hizo lo propio con el espíritu. Renunció al honor, al bien, a la paz, al reino de los cielos”⁶⁸.

El capítulo 8 de *El príncipe*, sugiero, puede ser leído como “una versión de Agatocles”. Despreciado por los “escritores”, condenado por su inhumana crueldad y sus innumerables traiciones, Agatocles es reinterpretado por Maquiavelo en nuevos términos. Si para Runenberg Judas era un reflejo humano del Verbo, Agatocles, podría sostenerse, refleja a la terrenal pero idealizada figura del “príncipe civil”. Definido por la historiografía romana como el príncipe que llega al poder por el consentimiento de los ciudadanos y cuyo ejercicio de éste se rige por la ley, en Maquiavelo el “príncipe civil” devendrá en algo radicalmente distinto, llegando incluso a no poder diferenciarse de, según la tradición, su otro: el tirano.

¿Cómo ocurre esta transformación del príncipe civil en su opuesto? La continuidad entre ambas figuras es en realidad el resultado de la destrucción de uno de los presupuestos básicos de la tradición de pensamiento político, el de la *unidad de la ciudad*. El reconocimiento del hecho de que el término ciudadanos encubre una oposición fundamental entre “humores”, grandes y pueblo, permite al florentino (re)definir al príncipe civil sobre la base no del origen de su autoridad, sino del modo de su ejercicio. Más específicamente, el príncipe es definido como civil por el florentino a partir del tipo de relación que establece con una de las fuerzas sociales de las que está compuesto todo cuerpo político: la multitud, el pueblo o el universal, para mencionar los tres nombres que recibe la parte de la ciudad que no quiere ser dominada en sus escritos.

Una vez así redefinido el principado civil, se comprende el que Maquiavelo haya omitido el término tirano en su capítulo sobre Agatocles, que bien podría llevar el siguiente epígrafe: *no una cosa, todas las cosas que la tradición atribuye a Agatocles son falsas*. Condenado por los “escritores”, Maquiavelo convierte a Agatocles en el *exemplum* de su doctrina. Al desafiar la ambición de los “pocos”, Agatocles no pudo sino “renunciar al honor, al bien, a la paz, al reino de los cielos”. En *El Príncipe*, sin embargo, el florentino lo convierte, aunque de manera velada, en su modelo,

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ *Ibidem*.

llegando incluso a sostener que aquellos que lo imiten podrán, “con ayuda de Dios y de los hombres, encontrar algún remedio para su estado” (*P*, 8).

Referencias bibliográficas

- Alighieri, Dante. *Divina Comedia*. Madrid: Editorial Cátedra, 2014.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2012.
- Birgalias, Nikos. “Nabis un prince hellénistique?”. *Gerión* 23 (2005):139-151.
- Borges, Jorge Luis. “Tres versiones de Judas”. En *Ficciones; El Aleph; El informe de Brodie*, 76-79. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1986.
- Cicero, Marcus Tullius. *On the Republic and On the Laws*. David Fott traductor. Nueva York: Cornell University Press, 2014.
- Coby, Patrick. *Machiavelli’s Romans: Liberty and Greatness in The Discourses on Livy*. Lanham: Lexington Books, 1999.
- Dahl, Robert. *La democracia y sus críticos*. Barcelona: Editorial Paidós, 1993.
- De Alvarez, Leo. *The Machiavellian Enterprise: A Commentary on The Prince*. Illinois: Northern Illinois University Press, 2008.
- De Grazia, Sebastian. *Machiavelli in Hell*. Nueva York: Vintage Books, 1994.
- Del Lucchese, Filippo. *The Political Philosophy of Niccolo Machiavelli*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2015.
- De Rotterdam, Erasmo. *Educación del Príncipe Cristiano*. Madrid: Editorial Tecnos, 1996.
- Descendre, Romain. “Of ‘Extravagant’ Writing: The Prince, Chapter IX”. En *The Radical Machiavelli: Politics, Philosophy and Language*, Filippo del Lucchese, Fabio Frosini y Vittorio Morfino editores, 56-72. Leiden: Brill, 2015.
- Gaille-Nikodimov, Marie. “A la Recherche d’une Définition des Institutions de la Liberté: la Médecine, Langage du Politique chez Machiavel”. *Asterion* 1 (2005).
- Geerken, John. “Machiavelli’s Moses and Renaissance Politics”. *Journal of the History of Ideas* 60 (1999): 579-95.
- Granada, Miguel. “Maquiavelo y Moisés”. *ResPublica. Revista de Historia de las Ideas Políticas* 20 (2017): 141-56.
- Harrison, Matthew. “The Monstrous Agathocles: Uses of Agathocles in Machiavelli’s Prince”. Tesis para optar al grado de Master of Arts. Universidad de Chicago, 2011.
- Kahn, Victoria. “Virtù and the Example of Agathocles in Machiavelli’s Prince”. *Representations* 13 (1986): 63-83.
- Lefort, Claude. *Maquiavelo: Lecturas de lo Político*. Madrid, Trotta, 2010.
- Livio, Titio. *Historia de Roma desde su fundación: Libros XXXI-XXXV*. Madrid: Editorial Gredos, 1993.

- Maquiavelo, Nicolás. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Ana Martínez traductora. Madrid: Editorial Alianza, 1996.
- _____. *El príncipe*. Helena Puigdomenech traductora. Madrid: Editorial Tecnos, 2001.
- _____. *Escritos de Gobierno*. María Teresa Navarro traductora. Madrid: Editorial Tecnos, 2013.
- McCormick, John. “Machiavellian Democracy: Controlling Elites with Ferocious Populism”. *The American Political Science Review* 95 (2001): 297-313.
- _____. “Prophetic Statebuilding: Machiavelli and the Passion of the Duke”. *Representations* 115 (2011): 1-19.
- _____. *Machiavellian Democracy*. Nueva York: Cambridge University Press, 2011.
- _____. “Machiavelli’s Greek Tyrant as Republican Reformer”. En *The Radical Machiavelli: Politics, Philosophy and Language*, Filippo del Lucchese, Fabio Frosini y Vittorio Morfino editores, 337-48. Leiden: Brill, 2015.
- Nelson, Eric. *The Greek Tradition in Republican Thought*. Nueva York: Cambridge University Press, 2004.
- Pedulla, Gabriele. *Machiavelli in Tumult: The Discourses on Livy and the Origins of Political Conflictualism*. Nueva York: Cambridge University Press, 2018.
- Pitkin, Hannah. *Fortune is a Woman: Gender and Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli*. Chicago: The University of Chicago Press, 1999.
- Pocock, J. G. A. *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid: Editorial Tecnos, 2008.
- Price, Russell. “The Theme of Glory in Machiavelli”. *Renaissance Quarterly* 30 (1977): 588-631.
- Strauss, Leo. *Thoughts on Machiavelli*. Chicago: The University of Chicago Press, 1978.
- Tavera, Hugo. “Los nuevos órdenes de Moisés y los ‘grandes’: Maquiavelo sobre el combate de la envidia”. *ResPublica. Revista de Historia de las Ideas Políticas* 23 (2020): 11-20.
- Vatter, Miguel. *Machiavelli’s The Prince*. Londres: Bloomsbury, 2013.
- Viroli, Maurizio. *Machiavelli*. Nueva York: Oxford University Press, 1998.
- Winter, Yves. *Machiavelli and the Orders of Violence*. Nueva York: Cambridge University Press, 2018.
- Wolin, Sheldon. *Política y perspectiva: continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu, 2001.

Recibido: 05 de abril de 2020

Aceptado: 15 de junio de 2020

Sobre el autor

Hugo Tavera Villegas. Profesor de la Escuela de Ciencias Sociales y Gobierno, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (Monterrey, México). Doctor en Ciencia Política por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha publicado en *Estudios Políticos*, *ResPublica*, *Metapolítica* y la *Revista de Ciencia Política*, entre otras. Sus áreas de investigación se centran en la filosofía política moderna y contemporánea, las teorías sobre la ciudadanía y los estudios críticos animales. Correo electrónico: hugo.tavera@tec.mx.